



Ighil M'goun

Un punto en el mapa

JUAN JOSE HIDALGO

Pasando el río hacia Tourbist.

Qalaat M'gouna

Mustafá nos acompaña para ver si sale algún camión hacia los pueblos de las montañas pero, como casi siempre, aquí nadie sabe nada en concreto. El Qalaat M'gouna está ya engalanado de coronas, fotografías y tiras de tela rojas y verdes, porque su rey va a pasar en gira triunfal por las ciudades del Sur. Nosotros seguimos esperando. Tomamos un té con Mustafá mientras nos da unas lecciones prácticas de bereber, ya que en las aldeas que vamos a encontrar a nuestro paso no se habla ni árabe ni frances. Mustafá es un maestro de escuela rural, corpulento y de aspecto agrio, pero que con nosotros ha asumido un papel de padre protector increíblemente eficaz para nuestras pretensiones.

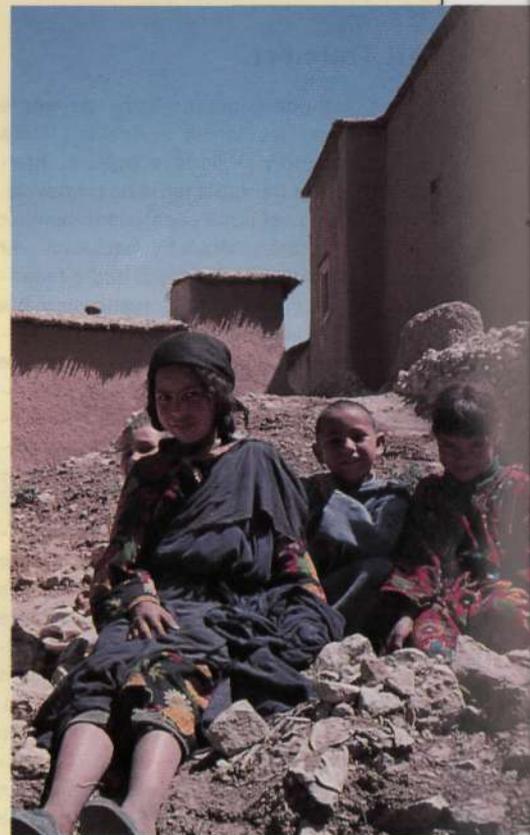
Río arriba. 31 Marzo

Había que andarse con mucho cuidado al caminar sobre la acequia con aquellas mochilas tan enormes que te hacían perder el equilibrio en más de una ocasión. Era duro pero hermoso. Atrás habían quedado ya el Qalaat, el pasado viaje en furgoneta, la noche de Ifar en casa del maestro de escuela amigo de Mustafá, al amanecer de hoy, el tramo de pista hasta

Hádida, y los días de inactividad. Delante nos aguardaba todo un imperio de sorpresas que acaso no habíamos venido a buscar, ni tan siquiera a imaginar.

Desde Hádida habíamos abandonado la pista para cruzar el río M'goun hasta Tourbist. Pensamos que quizás siguiendo el río sería más difícil perdernos, y por otra parte, también sería más corto.

Aún no habíamos divisado las montañas del Ighil y allí nadie parecía saber por dónde se encontraban. Había que seguir la corriente aguas arriba y esperar. Desde Tourbist hasta Timsgite fue fácil y entretenido. Luego cruzamos el río para llegar a la orilla derecha y pasar a Boutaghrar, pueblo donde las aguas del M'goun y la pista se vuelven a juntar. Desde Boutaghrar continuamos por pista hasta El Hot y Agouti, lugar donde decidimos pararnos a descansar después de cinco horas seguidas de marcha. Unos niños encantadores se nos fueron acercando poco a poco, mirándonos con unos ojos que no existen aquí. Querían saberlo todo sin preguntarnos nada. Aixa nos llenó la cantimplora en el río y nos la dio con una sonrisa que tampoco antes habíamos visto. Creo que para entonces Félix y yo ya nos habíamos enamorado de ella y de su mundo, pero aquello también había que dejarlo. Cruzamos todo el amplio valle, desde Agouti el Tahtani hasta Agouti el Fouqani,



Niños bereberes en Agut.

y allí nos indicaron malamente que para llegar a Ait Toumert debíamos seguir el río que atraviesa las gargantas de Tagea. Casi nos daba miedo aquel grandioso pasadizo y su oscuro interior flanqueado por paredes catedralicias y bellísimas. Saltando de piedra en piedra a veces, otras por dentro del agua, o adivinando sendas de herradura conseguimos salir de nuevo al mundo abierto de la llanura Guad de Magran, una gigantesca planicie aluvial sobre la que se asentaban numerosos pueblos bereberes. Pero antes de llegar al recodo que lleva a Imzil los vimos, lejos, sobre una línea gris en el horizonte. Altos sobre todo lo demás y cargados de mágica nieve del sur. Allí sí que los deseamos, sabíamos por fin que existía el Ighil M'goun y que no era tan sólo un desconcertante punto sobre el mapa.

El escueto e imperfecto plano que nos había dibujado Mustafá nos llevó hasta Ait Toumert casi ya oscureciendo y bastante cansados a pesar del denso día, cuajado de emociones, que habíamos vivido. Realmente la ruta más fácil y corta, la verdadera, (ésto lo comprobaríamos días más tarde, a nuestro regreso) hubiese sido siguiendo el río Assif-n-Imeskar, por Alem-dum y las gargantas de Tiguich, pero... ¿de qué sirve lamentarse ahora? Nuestra equivocación también tuvo su lado bueno y no nos decepcionó en absoluto.

Ait Toumert

Los campos estaban llenos de gente ocupada en las tareas agrícolas. Había niños jugando y mujeres recogiendo hierba en aquella tranquila tarde de primavera. Nosotros, con el poco vocabulario bereber que nos enseñó Mustafá, hacíamos ver que queríamos pan, pero allí nadie entendía nada, excepto aquel anciano increíble que saltó la acequia para venir hasta donde nosotros. Le repetí varias veces que queríamos pan. Para entonces ya estábamos rodeados de gente, pero él nos condujo a través de los cultivos hasta su propia casa. Realmente no entendíamos mucho de qué iba la cosa, pero el viejo parecía estar muy seguro de todo y enseguida nos hizo saber que habíamos sido aceptados como huéspedes de honor. Las condiciones de vida allí son francamente penosas, pero a nosotros no nos iba a faltar de nada. Nos instaló en una habitación que daba a un patio con un pozo de agua. Sobre unos tapices de vivos colores nos recibió con todo un ritual del té, recostados sobre unos cojines que se empeñó en colocarnos detrás de la espalda. Había que aceptarlo. Luego él se fue a cocer pan para nosotros, dejando a sus dos hijas para todo cuanto necesitásemos. Ya de noche



M'goun. Georges Amskard.

llegó con los panes y echó manteca de cabra sobre una cazuela de barro. Después lo puso sobre un brasero de barro negro con carbón vegetal y algunas brasas. Luego repartió los panes y lo untamos en la manteca líquida: la cena había comenzado. El nos acompañó sobre el tapiz, pero sus hijas se mantuvieron al margen, observando y sin atreverse a pedir nada. Tres huevos cocidos para los dos y varios vasos de leche de cabra completaron el menú. Nosotros habiésemos preferido vaciar las mochilas y haber sacado nuestros comestibles, también el saco de plumas porque empezaba a hacer frío, y el frontal para ver, y tantas otras cosas. Pero no, aquel bondadoso rostro de anciano se hubiese hecho muchas preguntas y nosotros no habríamos sabido contestárselas. Reímos mucho, él hablaba y nosotros hablábamos, reíamos y él reía, pero no entendió bien aquello de querer subir a la cumbre del Ighil M'goun. Pasamos la noche tapados con una chilaba sobre el tapiz medio tamblando de frío. No en vano la desertización de la zona y los 1.800 metros de altura se hacían notar dentro de aquellas finas paredes de adobe que nos guardaban. A las seis horas de la mañana nos despertó y nos ofreció nueces, almendras y una mula para que fuésemos más descansados. Ni hablar del caso. Felix y yo pensamos que había que abandonar aquella maravillosa casa cuanto antes o acabaríamos cayendo en la fácil trampa de la hos-

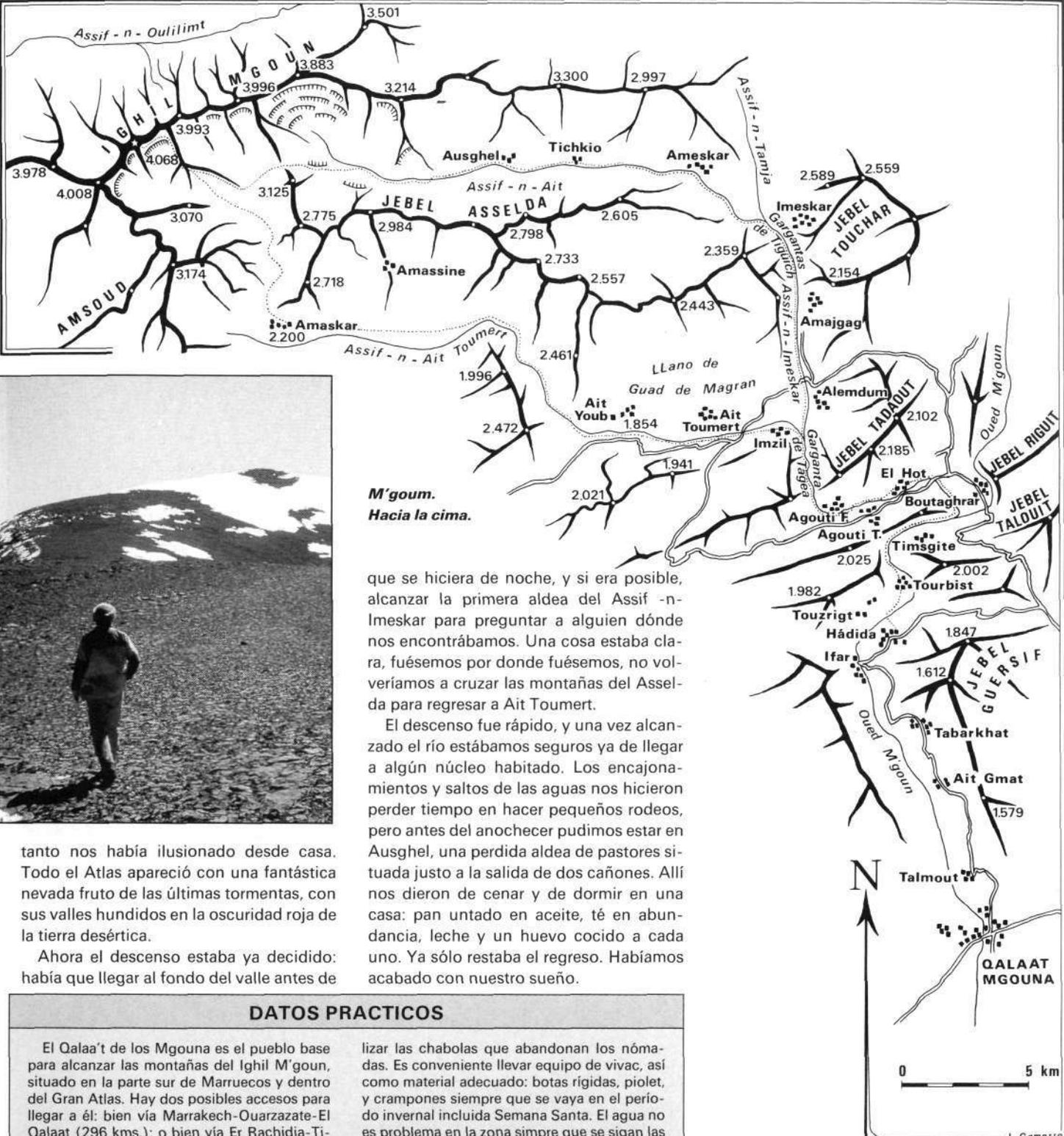
pitalidad. Un abrazo casi de padre, lágrimas en los ojos y un adiós para siempre sellaron aquella amistad. No nos volvimos a mirar porque aquel viejo bereber era todo un símbolo de humanidad que nos había calado muy hondo, y no hubiésemos resistido verle de pie junto a la puerta, saludándonos con aquellas manos agrietadas y el turbante mal puesto.

Ascenso a la cima. 3 de Abril

El día 1 atravesamos las montañas del Jabel Asselda en una repetición interminable de collados y llanuras elevadas. Algunos grupos nómadas pastoreando cabras y dromedarios fueron testigos únicos de nuestro paso. Pesaba la mochila y el calor seco y la sed que llevábamos. El reflejo de un arroyo nos llevó hasta él y bebimos. La noche fue cayendo poco a poco. Había que dormir allí y al día siguiente intentar el monte.

El día 2 fue una sucia trampa climatológica. Nos habíamos acostado con un hermoso cielo estrellado y antes de amanecer nos estaba nevando ya sobre el saco. Una chabola vacía permitió que aguantásemos la tormenta durante más de veinticuatro horas.

El día 3 amaneció despejado aunque con mucho viento. Remontamos un poco el barranco a eso de las nueve de la mañana, y nos metimos en la canal que lleva a las primeras palas de nieve en la vertiente Este. El día era fantástico, muy claro, con todo el cresterío del Ighil M'goun nevado por encima de todos los valles. Aún no sabíamos cuál era el más alto, y empezábamos a temer que nos hubiésemos equivocado de vertiente. No obstante, a medida que subíamos metros todo se iba aclarando más y más, y nuestro monte fue apareciendo como una bolita blanca por encima de los demás. En realidad, la cadena del Ighil es toda una sierra continuada sin apenas desniveles entre cima y cima, decreciendo de SW a NE. La nieve estaba semiblanda, y tampoco avanzábamos con demasiada rapidez. A la altura de los 3.700 metros aproximadamente dejamos las mochilas junto a unas rocas, porque realmente estábamos notando demasiado su peso. Inmediatamente después cogimos una loma que en dirección norte llevaba directamente a la cumbre de 3.993 metros que se alzaba justo a la derecha y Este del Ighil. Todo el itinerario fue pedregoso y bastante cansado, aunque una vez en la cresta cimera el aire de la vertiente norte nos puso alas en los pies. La cresta estaba a 4.000 metros y desde ella tan sólo restaba ascender los 70 metros de desnivel que la separan de la cumbre. A las 15,15 horas llegamos a esa cima, que sin ser bonita,



M'goun.
Hacia la cima.

que se hiciera de noche, y si era posible, alcanzar la primera aldea del Assif -n- lmeskar para preguntar a alguien dónde nos encontrábamos. Una cosa estaba clara, fuésemos por donde fuésemos, no volveríamos a cruzar las montañas del Assel-da para regresar a Ait Toumert.

El descenso fue rápido, y una vez alcanzado el río estábamos seguros ya de llegar a algún núcleo habitado. Los encajonamientos y saltos de las aguas nos hicieron perder tiempo en hacer pequeños rodeos, pero antes del anochecer pudimos estar en Ausghel, una perdida aldea de pastores situada justo a la salida de dos cañones. Allí nos dieron de cenar y de dormir en una casa: pan untado en aceite, té en abundancia, leche y un huevo cocido a cada uno. Ya sólo restaba el regreso. Habíamos acabado con nuestro sueño.

DATOS PRACTICOS

El Qalaa't de los Mgouna es el pueblo base para alcanzar las montañas del Ighil M'goun, situado en la parte sur de Marruecos y dentro del Gran Atlas. Hay dos posibles accesos para llegar a él: bien vía Marrakech-Ouarzazate-El Qalaa't (296 kms.); o bien vía Er Rachidia-Tineghir-El Qalaa't (214 kms.); ambas con autobuses diarios y servicios de taxis. Para llegar a las aldeas de las montañas suelen salir furgonetas y camiones desde El Qalaa't a través de las pistas, pero ni tienen horarios, ni días ni precios fijos. A todo ello se añade la prácticamente nula actividad montañera que se realiza en la zona, y al desconocimiento de que esta región se tiene, ya que no existen mapas ni planos de la zona a excepción de los propios del ejército marroquí, de venta sólo en Rabat. No hay ningún refugio propiamente dicho en la zona, aunque eventualmente se pueden uti-

lizar las chabolas que abandonan los nómadas. Es conveniente llevar equipo de vivac, así como material adecuado: botas rígidas, piolet, y crampones siempre que se vaya en el período invernal incluida Semana Santa. El agua no es problema en la zona siempre que se sigan las corrientes fluviales, ya que en las mesetas altas y montañas cerradas reina una sequedad asfixiante.

Viaje realizado en Abril de 1986, por Juanjo Hidalgo y Félix Muguruza, ambos socios del grupo Alpino Goikogane de Llodio.

Ref. Le Haute Atlas Central Guide Alpín, André

La Grande Travessée de l'Atlas Marocain. Micheal Peyrom, 1984.